

ORSINO.—¡Qué arrogancia! ¡insensato!

COLONNA.—El mismo apresura su caída.

RIENZI.—¡Heraldo! ¡comience la fiesta!

ADRIANO (acercándose á Rienzi sin ser visto).—
¡Alerta! ¡te tienden un lazo!

RIENZI (en voz baja á Adriano).—¿Acaso algún
traidor...?

ADRIANO.—¡Vigila! ¡Silencio!

RIENZI.—¡Vendido! ¿por quién?... por ellos, sin
duda. ¡Bah! nada temo; desprecio sus atentados.

(Baile. Comparsas y bailarines reproducen ante
Rienzi combates de gladiadores y el rapto de las
Sabinas. Al terminar el baile, Orsino, que se ha
ido aproximando á Rienzi, saca un puñal y le
hiere en el pecho. Adriano se abalanza hacia Or-
sino, sin lograr detener el golpe. Los guardas de
Rienzi acuden y rodean á los nobles.)

CORO DEL PUEBLO.—¡Rienzi! ¡el cielo le protege!

RIENZI.—En vano se desborda su furor; sin em-
bargo, el golpe era mortal. (A Orsino, entreabrien-
do su túnica y dejando ver una coraza debajo del
vestido.) ¡Ya lo ves! ¡preví vuestro odio! ¡traido-
res! ¡vuestros infames proyectos hieren en mí á
Roma, á su libertad, á su ley! ¡Nuestra popular y
santa obra debía excitar su cólera; sus inícuas manos
han mancillado la pureza de este santo día! Cese
la fiesta y hágase justicia. (El pueblo se retira si-
lencioso. Quedan los senadores, Rienzi, Baroncelli,
Cecco y los nobles rodeados por los guardias.) (A
los senadores.) Sois testigos de su atentado, se-
ñores.

BARONCELLI.—¡Tribuno! ¡tus enemigos no se dan
punto de reposo! sus partidarios han intentado sor-
prender el Capitolio y nuestras huestes.

RIENZI.—¿Osaréis negarlo, rebeldes?

COLONNA (con desdén).—¡No! Toma nuestra san-
gre y fragua nuestra perdición si quieres, que no
tardará en sonar la hora del castigo.

RIENZI (aparte, conmovido).—¡Gran Dios! ¡tristes
presagios! (Reponiéndose.) Obrad según la ley.

CECCO.—La ley ordena su suplicio.

RIENZI.—¡Cúmplase su sentencia! (Los nobles ro-
deados por los senadores y las guardias son lle-
vados á la sala del fondo. Oyese el doblar de la
campana del Capitolio.) ¡El hacha! ¡el patíbulo,
tan pronto!... Pero es forzoso.

ESCENA VI

RIENZI, ADRIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Partieron ya! en él espero. (A Rienzi.)
¡Rienzi, perdón para mi padre!

IRENE (A Rienzi).—¡Su padre! ¿qué suerte le aguar-
da?

RIENZI.—Pronunciada está su sentencia; ¡la muer-
te!

ADRIANO.—¡La muerte...! ¡yo le he vendido! ¡cruel
dolor! ¡sobre mí recaería su sangre!

RIENZI.—Hijo eres de Roma; ¡no de un traidor!

ADRIANO.—¡Cómo! ¡los lazos de la naturaleza des-
fallecerían ante la ley! ¡ay de ti, tribuno, ay de ti!

RIENZI.—Dios castiga al perjuro, y ordena la muer-
te del criminal; á su voz todo enmudece.

ADRIANO.—¡Infame! ¡sentencia cruel! Si he de ven-
gar á mi padre ¡tiembla!

RIENZI.—¡Silencio! mejor fuera orar. (Oyese en la
sala del fondo el canto de los monjes que preparan
á los nobles á morir.)

MONJES.—Misereat Dominum vestrorum peccato-
rum.

ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡gran Dios! ¡su canto hiela
mi sangre!

IRENE.—De ti depende su perdón.

CORO DEL PUEBLO (fuera).—¡Mueran los traidores! ¡mueran!

RIENZI.—La clemencia sería crimen; el pueblo espera una víctima.

IRENE Y ADRIANO (arrodillándose ante Rienzi).—¡Perdón, perdón! ¡apiádate de nosotros!

RIENZI.—Ya que así lo queréis, serán absueltos. (A una señal de Rienzi, precipítase Adriano hacia la sala del fondo. Abrense las puertas, donde paso á los nobles acompañados cada cual de un monje. El pueblo aparece de nuevo por el pórtico del foro.)

ESCENA VII

Los mismos, los nobles, el pueblo

PUEBLO.—¡No haya clemencia! ¡mueran los infames! ¡venganza! ¡venganza!

RIENZI (conteniendo á la muchedumbre).—Oíd: una mano homicida pretendió herir mi pecho.

PUEBLO.—¡Mueran! ¡mueran todos!

RIENZI.—¡No, ciudadanos! ¡clemencia! ¡absolvedles!

CECCO.—¡Estás loco, tribuno!

PUEBLO.—No, Rienzi; ¡no haya perdón! ¡venganza!

RIENZI.—¡En nombre de vuestros abuelos, sed clementes!

BARONCELLI.—¡No! ¡el pueblo está sediento de su sangre!

RIENZI.—¡El pueblo! decid, ¿quién le ha hecho poderoso? ¡la unión es su fuerza! ¡Basta de sangre! ¡clemencia! Lo quiero yo; ¡el tribuno...!

CECCO (Aparte).—¡Qué demencia!

PUEBLO.—¡Cómo! ¡perdonarles cuando intentaron herir al elegido del pueblo!

RIENZI.—Perdonadles, si juran respetar sin rencor la ley romana. (A los nobles.) ¡Jurad! ¡Dios os escucha!

NOBLES.—Lo juramos.

CECCO (Aparte).—¡Vano juramento!

RIENZI.—Penetre al fin en vuestros corazones la santa clemencia. Si hablaron sin dolo, olvidemos sus yerros. No obstante, si algún infame urdiese nuevas tramas; ¡maldito sea en la tierra y aborrecido por una eternidad!

Concertante

RIENZI.—¡El pueblo depuso su enojo! Id; quedáis absueltos.

IRENE, ADRIANO EL PUEBLO.—¡Gloria á ti, Rienzi, tribuno de los días venturosos! ¡Tu nombre, más excelso que el de los héroes antiguos, vivirá victorioso entre las manes inmortales!

CECCO, BARONCELLI (Aparte).—En vano juran respecto á nuestra ley; no tardarán en faltar á sus promesas.

NOBLES (Aparte).—¡Sangre pide el ultraje! ¡tribuno, ay de ti! en breve, ante tus pasos, sembraré el terror.

ADRIANO, IRENE, RIENZI.—¡Perdón, perdón, en nombre del cielo! ¡no volváis á invocar la sentencia cruel! ¡La paz reine en adelante gracias al perdón, en todos los corazones!

BARONCELLI, CECCO.—¡Perdonarlos! ¡ah! ¡santos cielos! semejante perdón es criminal. ¡Nos aborrecen á muerte, y son funestos!

NOBLES.—¡Perdonarnos! ¡ah! ¡santos cielos! ¡vergonzoso perdón! ¡afrenta cruel! Mas no cejemos en nuestros proyectos; ¡odio eterno contra ellos!

PUEBLO.—Dispón de su suerte; sé implacable ó generoso; dicta muerte ó perdón para el criminal; que nosotros siempre acataremos tus decretos.



ACTO III

Plaza pública de Roma.—Ruínas, restos, monumentos antiguos.—Oyese la campana del Capitolio

ESCENA PRIMERA

Ciudadanos romanos; después CECCO, BARONCELLI,

CORO DE CIUDADANOS.—¡Hado fatal! ¡no hay remedio! ¡la discordia renace! ¡Nos venden, y los rehenes han huído ya! ¡Pronto sufrirán el castigo de tantos ultrajes! Acabemos con ellos de un solo golpe. ¡Se les concedió perdón, pero en vano! ¡necio el que fía en su palabra! ¿Y Rienzi? ¿Cómo no se presenta?

CECCO (acudiendo presuroso).—¡Pronto! alerta! corred! Los nobles se arman contra el pueblo; el enemigo se acerca. ¡Maldita clemencia! con nuestra sangre lo pagaremos.

Todos.—¡Ven, Rienzi! ¡te esperamos!

RIENZI (presentándose).—Acudo á vuestro llamamiento, poseído del furor que os anima! ¡Ay de los que respetó mi clemencia! Puesto que burlaron mi confianza ¡sean para siempre malditos!

Todos.—Ya ves, tribuno, á dónde nos lleva tu piedad...

RIENZI.—Tranquilizaos; mi corazón, injuriado, arde en deseos de aplicar rigurosa ley; este acero,

más veloz que el rayo, no dejará á uno con vida!
¡Que vengan! ¡la muerte les aguarda!

CECCO.—¿Cuál es tu plan? ¿qué pretendes hacer?

RIENZI.—Defender nuestra libertad, y aplicar á los traidores el merecido castigo!

BARONCELLI.—Antes pudiste hacerlo, ahorrándonos la mucha sangre que ha de verterse.

RIENZI.—Nuestro perdón agrava su crimen.

TODOS.—¡A las armas! ¡mueran todos! ¡sucumban los traidores á nuestros golpes! Dispón, ordena, dínos tus proyectos; dispuestos nos tienes á secundarlos.

RIENZI.—¡En pié, romanos! A los sitiadores hay que contestarles con las armas. Dios guiará vuestros valerosos brazos. ¡Descendientes de héroes temidos, tremolad vuestra bandera! Resuene en lontananza el grito de guerra: «¡Santo Spirito cavaliere!»

TODOS.—La bandera de un pueblo libre alcanzará nuevos lauros, y Roma, grande por la guerra, verá en breve florecer la paz! (Parten.)

ESCENA II

ADRIANO

¡Dios poderoso! ¡el grito de guerra! ¡El pueblo se arma, presto á partir! Abrete ¡oh tierra! y trágame en tu seno. Mi dolor es ya insoportable. ¡Oh muerte, añade otra víctima á las tuyas! Contempla tu obra, Rienzi, tu odio es causa de todos nuestros desastres. La suerte me arrastra al abismo; ¿á qué partido me inclinaré? ¿Puedo inmolar á tu hermano, Irene, ó armar mi brazo contra un padre?

Dulces ensueños de mi vida, huíd, venturas inconstantes, ¡adiós, esperanzas mías! ni una estrella luce ¡ay! entre las sombras de mi noche. Hasta el

amor, por el dolor vencido, se extingue en mi corazón!

(Oyese la campana del Capitolio.)

¿Dónde estoy? ¿qué ruido es ese? ¡la campana! ¡gran Dios! el tiempo vuela... Señal de alarma; ¿qué voy á hacer? Corro á encontrar á mi padre; confío en que su odio se desvanecerá; debo vencerle, enternecerle! Si se negase ¡ah! prefiero la muerte. Y si mis ruegos logran ablandarle, también tú, tribuno, cederás!

Dios de amor, infunde en mí la santa llama de tu fe! Celeste espíritu: ven, desciende y somete á mis acentos su corazón. (Se va.)

ESCENA III

Sacerdotes, pueblo; después RIENZI, CECCO, BARONCELLI, IRENE

(Aparece numeroso cortejo; primeramente los sacerdotes, seguidos de ciudadanos y mujeres; luego los senadores.—En pos de ellos Rienzi á caballo.—Junto á él Irene.)

RIENZI.—Por fin brilla el día de promisión en que han de sucumbir nuestros enemigos. Sobre vosotros velan vuestros antepasados; el acero herirá á los traidores. Sembrad el terror á vuestro paso entonando el himno de los combates: «¡Santo Spirito cavaliere!»

CORO. (Himno guerrero).—¡Adelante, pueblo! ¡en pie, sacerdotes y soldados! ¡guerra á los tiranos! ¡Afrenta y maldición á los traidores! Dios los condena á eternos remordimientos. Para ellos no haya piedad. Batid, tambores; sonad, vibrantes clarines, anunciando un día de gloria! Humeantes aceros, abrid negros surcos ante el carro de la victoria. Resuene en lontananza el grito de guerra: «¡Santo Spirito cavaliere!»

ESCENA IV

Los mismos, ADRIANO, corriendo

ADRIANO.—¡Detén! tribuno! no avances! ¡Consiente en vencer sin combatir!

RIENZI.—¡Atrás! me das lástima, hijo de un traidor fuera de la ley!

ADRIANO.—Oye, por favor, mi súplica. Deja que vaya á encontrar á mi padre! Intenté salir; pero ¡ay! cerradas están todas las puertas! Oyeme; da orden de suspender la marcha del ejército; aún confío en mi osadía!

RIENZI.—¿Quién sino tú me indujo antes, como ahora, á ser clemente? ¡por qué no destruí entonces tu raza! ¡cállate! ¡demasiado débil he sido!

ADRIANO.—Cede ¡oh tribuno! á mi profunda pena. No, no más sangre, no más terror! Sea mi vida prenda de futura tranquilidad.

RIENZI.—Sonó la hora, y no cabe dilación. En marcha, romanos; seguid mis pasos.

ADRIANO.—Recuerda nuestra amistad, y muéstrate por Dios, piadoso.

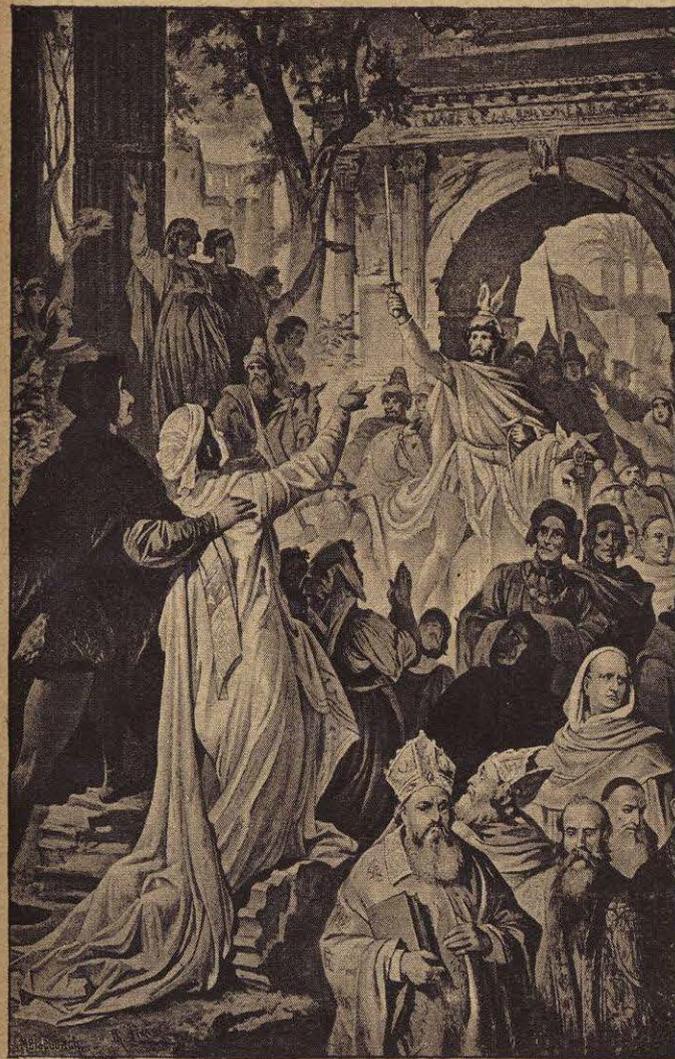
RIENZI.—No hay potencia en el mundo que logre ablandarme ya!

ADRIANO.—¡Bárbaro! hiere, pues; inmóleme tú mismo.

RIENZI.—Levántate, pobre insensato! Nuestro deber es nuestra guía.

ADRIANO.—Entonces, caiga sobre ti, tirano, la sangre derramada.

CORO. (Himno guerrero.)—Adelante, pueblo! en pie, sacerdotes y soldados!



ESCENA V

ADGIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Adiós, alma mía! he de abandonarte! el honor lo exige! voy á partir!

IRENE.—La muerte te espera en las murallas; si partes, expiro.

ADRIANO.—¡Déjame! quiero morir! es preciso! ¡ah! deja que cumpla mi deber! Mi corazón, escuchando tu voz, se conmueve; no me detengas, no.

IRENE.—¡Bárbaro! ¿no he cifrado en ti solo toda mi esperanza? ¡ah! ¡quédate! el Dios del cielo te prescribe este santo deber!

ADRIANO.—¡Escucha! allá!... ¿no oyes esos gritos? tu hermano destroza á nuestros amigos.

ESCENA VI

Los mismos, monjes y doncellas del pueblo

(Oyese el fragor del combate.—Llegan precipitadamente monjes y doncellas del pueblo, y se arrojan.)

CORO.—Santa madre de Dios, Virgen María, oye nuestras preces! Tú que lloraste en el Calvario, salva á nuestros hijos, á nuestros hermanos! Protégenos desde el cielo, santa Madre de Dios!

IRENE (deteniendo á Adriano).—Detente en nombre del cielo. ¿Quieres perderme sin remisión?

ADRIANO.—El rumor crece, ¿oyes? y mi padre me aguarda en vano.

IRENE.—No: lo que te aguarda es la afrenta! Má-tame si quieres, y vete!

ADRIANO.—¡Día de horror! cruel destino! ¡concededme ¡oh cielos! la muerte.

CORO.—Dios omnipotente, Padre nuestro! en ti esperamos! libranos, Señor, de tanto mal! (Oyese á lo lejos el himno guerrero.) ¡Guerra á los tiranos! ¡mueran los traidores! ¡adelante, pueblo! ¡en pie, sacerdotes y soldados!

CORO.—¿Oís el himno de guerra? Al fin vencieron! Bendito seas, gran Dios!

IRENE.—Van á llegar!... mi hermano!... gloria á él!...

(El himno de guerra se aproxima.)

ESCENA VII

Los mismos, BARONCELLI, CECCO, RIENZI

RIENZI.—No más opresores ya, á orillas del Tíber. Nuestros enemigos quedan abatidos. Roma ha padecido, pero al fin es libre; los traidores ya no existen.

CORO.—¡Ah! gloria á ti! gloria al vencedor! gloria á nuestro salvador! Inclinémonos ante él, y alfombremos de flores su paso! Nada resiste á tu potencia; un dios vengador guía tu mano!

BARONCELLI.—¡Cuánta sangre! luchas homicidas! Sobre nosotros se cierne el luto; ¡cuántas mujeres, cuántas madres llorarán á su esposo ó á su hijo! (Entre la muchedumbre pasan los heridos. Adriano reconoce á Colonna á quien conducen en una parihuela formada de lanzas entrecruzadas.)

ADRIANO.—¡Ah! ¡padre mío!

TODOS.—Ya no existe.

ADRIANO.—¡Tribuno! el cielo me escucha: Dios humillará tu frente; la muerte te espera, tiembla, cruel! cuando te ofrecí mi sangre toda en prenda de eterna paz, fuiste inexorable! entre los dos se alza el crimen, tribuno! el crimen nos será común. Sa-

ciado está tu odio, pero el mío no, y tu vida saldrá esta cuenta!

(Parte.)

RIENZI.—No hagáis caso de su infantil desesperación! ¿qué le importan esos clamores al pueblo victorioso? Roma es libre. Olvídense toda pena; cántense las virtudes de nuestros héroes! la gloria corona vuestras frentes! No más tiranos! el Capitolio consagra vuestra soberanía.

CORO.—¡Al Capitolio! Al Capitolio! Victoria á los valientes! Gloria á ti, Rienzi, que rompiendo nuestras cadenas devolviste la paz al pueblo-rey!



ACTO IV

La plaza de San Juan de Latrán.—Fachada del templo,
con su vasta gradería

ESCENA I

CECCO, BARONCELLI, ciudadanos

BARONCELLI.—¡Sangriento día! ¡amargos laureles!

CORO.—Semejante victoria es derrota.

BARONCELLI.—¡Amigos, la gloria de un solo hombre nos ha costado muchas lágrimas!

CORO.—Sí; para nosotros el luto; para él, la gloria.

CECCO (llegando).—Amigos; ¿sois vosotros? ¿qué males han de cernerse aún sobre Roma?

BARONCELLI.—¡Es Cecco! ¿sabes algo? ¡tu frente palidece de espanto!

CECCO.—¡En todas partes reinan el miedo y la tristeza; ya nadie tiene fe en Rienzi; Alemania le abandona como á un vano fantasma real!

BARONCELLI.—¡Todo nos desampara! ¡la misma Alemania se alía con el Papa!

CORO.—¡Sí, todo nos desampara! ¡día funesto!

CECCO.—Más aún; ya el Cardenal legado ha salido del Quirinal.

CORO.—¡Qué oigo! ¡cómo! ¡el cardenal!

CECCO.—Después de su evasión, Colonna, según

dicen, firmó un pacto con la Iglesia, y uno de sus más firmes apoyos era el Padre Santo.

Todos.—¿Qué ha dicho el Papa al tener noticia de su muerte?

CECCO.—La ignora todavía; pero, no obstante, se está fraguando aquí una conspiración.

Todos.—¿Qué suerte nos aguarda?

BARONCELLI.—Paréceme que la clemencia de Rienzi fué una verdadera traición.

Coro.—¡Tal sospecha! ¿en qué pruebas...?

BARONCELLI.—Una palabra bastará. Su hermana ama al hijo de Colonna. Sí, la pérfida indulgencia del tribuno era el precio de una alianza ilustre.

Coro.—¡Cómo! ¡para servir á tales empresas corre á raudales la sangre del pueblo! ¡Traidor! ¡traidor! Pero, al menos, tendrás pruebas, tendrás testimonios de su crimen. ¡Dalos á conocer!

ESCENA II

Los mismos, ADRIANO

ADRIANO (embozado en su capa, se ha deslizado entre los grupos).—¡Es verdad! ¡yo lo afirmo!

Todos.—¿Quién eres tú?

ADRIANO (descubriéndose).—El hijo de Colonna. (Para sí.) ¡Padre mío! ¡cruenta sombra! parece que me oye. (Mirando fijamente ante sí.) ¡Ah! ¡ese fantasma me espanta! ¡aparte de mí tus ojos! Voy á complacerte, vengándote sin dilación. (En alta voz.) ¡Sí, ciudadanos, soy yo, el hijo de Colonna! ¡Debo hablar, sí! ¿quién se sometería á la ley de ese tribuno? Rienzi subleva contra nosotros la Santa Iglesia y el Emperador.

Todos.—¡Ah! ¡termine por fin su reinado! ¡nos está inmolandó á su grandeza! ¡su traición salta á la vista! ¡Venganza! ¡venganza!

ADRIANO.—Seré el primero en herir.

Todos.—¡Venganza y muerte al traidor! Cuenta con nosotros.

CECCO.—Ya la aurora nos alumbra; dí: ¿heriremos en pleno día?

BARONCELLI.—¡Rienzi espera ahogar con fiestas las quejas generales! Prepara el «Te Deum» para dar gracias al cielo.

CECCO.—¡De haber sabido engañarnos!

ADRIANO.—¡Pues bien! hiramos durante la fiesta.

Coro.—Hay que herir en presencia de todo el pueblo. (Raimundo, seguido de sacerdotes y monjes, cruza el teatro y entra en el templo.)

BARONCELLI.—¡Mirad!

Todos.—¡El cardenal!

CECCO.—¿Qué viene á hacer aquí?

BARONCELLI.—Ha de entonar el «Te Deum.»

Coro.—Si la Iglesia defiende á Rienzi, vana es nuestra empresa; pues el cielo le presta su apoyo.

ADRIANO.—¡Cómo! ¿se calma y se amortigua vuestro odio? Pues bien, yo solo, aunque sea al pie del ara, descargaré el golpe mortal.

CECCO (viendo llegar á Rienzi).—¡El mismo viene á buscar la muerte! ¡Decide Dios de su destino!

ESCENA III

Los mismos, RIENZI, IRENE, pueblo, etc.

(RIENZI acompañado de Irene y seguido de brillante cortejo se dirige á la iglesia; mas, viendo á los conjurados que, reunidos en las gradas del templo, parecen cerrarle el paso, se detiene.)

RIENZI.—¡Qué tristes semblantes! ¿por qué no formáis parte del cortejo?

ADRIANO (oculto entre los conjurados).—¡Gran Dios! Irene le protege, como su ángel bueno! ¿qué voy á hacer?

RIENZI.—¡Cómo! ¿lloráis la pérdida de nuestros amigos muertos en los combates? Su noble sangre es rocío que baña ardiente suelo, y Roma surge fertilizada del fecundante bautismo. ¡Cuántos héroes, entre nuestros padres, no sucumbieron en estériles guerras! Mas vosotros, afortunados en vuestros esfuerzos, lograsteis ser libres, grandes, fuertes, victoriosos; no me deis á pensar que sois capaces de maldecir un día de gloria. Ahuyéntese la tristeza, y ocupad vuestros puestos junto á mí. Dios, que protege mi raza, y lee en mi corazón, guiará mi brazo vencedor.

Todos (inclinándose ante Rienzi).—¡Viva el tribuno!

ADRIANO (aparte).—¡Viles esclavos! ¿he de ser yo quien rompa vuestras cadenas? (Oyese el canto de los monjes.) «¡Vœ! vœ tibi! maledicto!—Jam te justus ense stricto—Vindex manet Angelus!»

RIENZI.—¡Cielos! ¡qué oigo! ¡me maldicen!

Todos.—¡Qué lúgubres cantos!

CORO (en el templo).—«¡Vœ! spem nullam maledictus—Foveat! Gehennæ tictus — Jamjam hiscil flammeus!»

(Abrense las puertas de la iglesia, viéndose á Raimundo rodeado de sacerdotes y monjas.)

RAIMUNDO (á Rienzi).—¡Aléjate del santo recinto! ¡Dios te ha proscrito! ¡Cristianos, en nombre del cielo, huíd del maldito!

CORO.—¡Huyamos del maldito!

(La muchedumbre se dispersa aterrada.)

CORO DE MONJES.—«¡Vœ! vœ tibi! maledicto!» etc. (Ciérranse con estrépito las puertas de la iglesia, apareciendo clavada en una de ellas la bula de excomunión.)

ADRIANO.—¡Ven, Irene, huyamos de estos sitios! ¡Alejémonos, no vaciles, huyamos juntos!

IRENE (como saliendo de un ensueño).—¡Eres tú? ¡qué escucho! ¡justos cielos! ¡la tierra tiembla en torno nuestro!

